

Amarís Duarte, Olga: *Una poética del exilio. Hannah Arendt y María Zambrano*. Barcelona, Herder, 2021. 319 pp.

¿Qué tienen en común Hannah Arendt y María Zambrano? Esta es la pregunta que trata de responder *Una poética del exilio. Hannah Arendt y María Zambrano*, el nuevo libro de Olga Amarís Duarte. Recientemente publicado por la Editorial Herder, esta obra de excelente prosa llega para confirmar el creciente y renovado interés por el pensamiento de muchas mujeres que, como Arendt y Zambrano, vivieron el convulso y cambiante siglo XX, y trataron de combatir los tiempos de oscuridad, hablando en términos arendtianos, desde la filosofía. Una filosofía que, en el caso de ambas pensadoras, abandona el discurso meramente teórico y se torna práctico, sin dejar de ser reflexivo: la filosofía es, tanto para la alemana como para la malagueña, un modo de supervivencia y una brújula para orientarse en el tiempo que les tocó vivir.

A pesar de que Hannah Arendt y María Zambrano nunca llegaron a encontrarse físicamente (la primera nació en Hannover en 1906 y falleció en Nueva York en 1975, y la segunda nació en Vélez-Málaga en 1904 y falleció en Madrid en 1991) ambas pensadoras compartieron, según expone la autora del libro, un espacio físico común: las calles de París en el exilio durante 1939. Este es el eje vertebrador de la obra de Amarís Duarte, que trata de establecer un diálogo contrapuntístico entre la vida y el pensamiento de las dos autoras, marcados por el exilio político. Diálogo, por otra parte, tan novedoso como necesario: nos encontramos ante la primera obra que relaciona la vida y la obra de Arendt con la de Zambrano. Pareciera, a juicio de la autora, que en un siglo en el que la filosofía permanecía copada por hombres, las vidas de estas dos pensadoras transcurrieron por dos líneas paralelas que, sin llegar a tocarse, recorrían un mismo camino.

*Una poética del exilio. Hannah Arendt y María Zambrano* presenta una estructura cuatripartita. Comienza con un primer capítulo en el que la autora realiza un viaje a la infancia y la juventud de las dos mujeres con un denominador común: los estudios de Filosofía. Arendt en Marburgo, Friburgo y Heidelberg; teniendo como maestros a Martin Heidegger, Edmund Husserl y Karl Jaspers. Zambrano en la Universidad Central de Madrid, aprendiendo de José Ortega y Gasset, Manuel García Morente y Xavier Zubiri. En la primera mitad del siglo XX eran pocas las mujeres que accedían a la universidad, y menos aún las que se decantaban por la Filosofía, por ello, según la autora, la condición de mujer marca el despertar de ambas pensadoras a la reflexión filosófica: «Profundamente mujeres, que no feministas, y femininas cuando hace falta, las dos pensadoras entienden la marca biológica como un punto de partida para cultivar una mirada muy propia» (p. 59).

El segundo capítulo recorre el exilio de Hannah Arendt. Tras haber culminado su doctorado sobre *El concepto de amor en san Agustín*, Arendt podría haber tenido un prometedor futuro en la academia alemana. Sin embargo, la llegada de Adolf Hitler al poder en 1933 obligó a esta pensadora judía a exiliarse en París, convirtiendo el

auge del totalitarismo en el tema central de sus reflexiones. Arendt permaneció en Francia hasta 1941, año en el que, atravesando España hasta llegar a Lisboa, tomó un barco con destino al Nuevo Mundo. Al término de la Segunda Guerra Mundial, Arendt visitó en varias ocasiones su Alemania natal, sin embargo, nunca volvió a vivir allí. En Estados Unidos había encontrado una sociedad y una esfera pública que permitía «proclamar a viva voz el derecho a tener derechos, y disfrutar de la libertad necesaria para subir a la palestra pública participando en el juego político en igualdad de condiciones» (p. 81). Gracias a esa libertad, Hannah Arendt pudo desarrollar ampliamente su pensamiento como teórica política, impartir clase en distintas universidades, o incluso convertirse en corresponsal cubriendo el juicio contra el nazi Adolf Eichmann celebrado en Jerusalén.

El tercer capítulo tiene a María Zambrano como protagonista. Una pensadora, en palabras de Amarís Duarte, para la que el exilio no es un tema más, sino el tema capital de su vida. Al igual que Arendt, la primera parada de su exilio comenzó en París en 1939; en este caso por su condición de republicana huyendo del avance del ejército nacional. Aunque la alemana permaneció ocho años en Francia, la malagueña abandonó ese mismo año el Viejo Continente para trasladarse a México, Puerto Rico y Cuba. Si Arendt llevó a Estados Unidos toda la tradición cultural de una Europa sumida en la tiniebla histórica, Zambrano hizo lo propio en América Latina, impartiendo cursos de Filosofía en distintas universidades. A diferencia de Arendt, Zambrano sí volvió a vivir en España: lo hizo en 1984, recibida con todos los honores, e incluso cuatro años después se convirtió en la primera mujer galardonada con el Premio Cervantes. A su regreso, «promovido por un sentimiento de filiación con las generaciones más jóvenes, por amor y por la esperanza en una nueva España democrática» (p. 180), Zambrano trajo consigo la experiencia de haber hecho del exilio su patria personal.

En el cuarto capítulo, y a modo de conclusión, Amarís Duarte parte de las reflexiones de Arendt y Zambrano para traer al presente el pensamiento de estas dos filósofas: «De la crisis se aprende, nos dicen ellas desde el exilio superado» (p. 270). Se aprende a cultivar el pensamiento crítico, se aprende a contemplar los acontecimientos históricos que marcan nuestro presente como una oportunidad para la reflexión, y se aprende a no sucumbir a las políticas que anteponen la ideología a la persona. No es una esperanza fingida ni un falso optimismo: es un recordatorio de que, como afirmaba Arendt, aún en los tiempos más sombríos se hace necesario buscar la luz que emana del trabajo de muchos hombres y mujeres que supieron reponerse a las circunstancias que les tocó vivir.

Como decimos, Arendt y Zambrano nunca llegaron a encontrarse físicamente. Por ello, la autora cierra este libro con un breve epílogo en el que recrea un encuentro ficticio que pudieron haber mantenido las dos mujeres en la estación de Portbou: Arendt se dirige a Gerona para visitar la tumba de su amigo Walter Benjamin, Zambrano a París a la tumba de su madre. Aunque no se conocen, se reconocen. El breve diálogo que mantienen es una llamada de atención sobre la urgencia del pensar en tiempos de oscuridad. Los tiempos de oscuridad que tanto Arendt como Zambrano transitaron y trataron de comprender, y los que estamos viviendo nosotros en el presente. En palabras de Hannah Arendt: «La fuerza del pensamiento no puede parar, y menos ahora. Hasta el final de nuestros días» (p. 309).